



HIJOS DE LA OSCURIDAD

Escrito por Carlos Romá-Mateo / Ilustrado por Laura Wächter

Le encantaba la playa pero no como a la mayoría de la gente. Disfrutaba sentándose al borde del océano, mirando hacia el horizonte y dejando su mente vagar. Porque allí, lejos de las grandes urbes y totalmente expuesto en la superficie, podía sentir de verdad que se encontraba en un planeta, sentado sobre una gigantesca roca que flotaba en medio de la inmensidad del espacio. Sin ningún tipo de construcción artificial en las proximidades, aquellos parajes naturales permitían dejar volar la imaginación. Era imposible olvidar que uno formaba parte de algo muy grande. Casi como volver al pasado. Al fin y al cabo, la vista del océano millones de años atrás, cuando los primeros organismos apenas habían comenzado a nacer al amparo de sus espesas y opacas olas, no debía ser muy diferente.



—Sabía que estarías aquí.

La voz le sorprendió, pero no quiso otorgar la satisfacción de demostrar sobresalto alguno. Siguió con la mirada perdida, en la misma pose relajada y ausente. El dueño de la voz se sentó a su lado y durante un rato no volvió a hablar. Un fuerte viento se levantó de repente, salpicándolos con gruesas gotas. El recién llegado se limpió con gestos exagerados.

—De verdad, no sé qué le ves a este sitio. Ya nadie viene por aquí.

—De aquí vinimos todos. Deberíamos considerarlo nuestro hogar.

Su compañero soltó una carcajada, lo más ofensiva que pudo.

—Siempre igual. En cuanto salta una noticia lo bastante sensacionalista, te entran los delirios filosóficos. Apenas una nueva sonda alcanza un destino lejano, te lanzas a especular. Tú y tantos otros, incluso los científicos mejor preparados del programa. De verdad, qué pronto perdéis el foco.

—No es filosofía —se apresuró a interrumpir—. Es ciencia. Y la ciencia consiste precisamente en ampliar el foco. Es la única forma de descubrir algo nuevo.

El otro suspiró. Levantó la vista hacia el cielo, filtrando el reflejo infrarrojo del casi oculto Gigante. Por fin, localizó un punto lejano en el horizonte.

—Bien, ¿quieres filosofar? Pues te daré filosofía. Mira, ni siquiera en el periodo en que está más alejado del Astro se pierde la señal del Gigante. Los rayos rebotan en todas direcciones, revelando esa monstruosa masa alrededor de la cual orbitamos. Y a nosotros, con el ridículo tamaño que tenemos, nos llega suficiente cantidad de radiación

como para permitir que nuestra atmósfera sea rica en los elementos que han propiciado la vida. Pero el equilibrio es fino, finísimo. Ahora imagínate lo que debe suceder en ese nuevo mundo al que la sonda está a punto de llegar. Piensa en la distancia que lo separa del Astro... ¡Por favor, solo hay dos planetas aún más cercanos! Las temperaturas en esos tres infiernos son inviables para la vida, con total seguridad. Y si eso no fuese suficiente razón como para ni molestarse en gastar dinero, tiempo y esfuerzo en enviar *nada* en esa dirección... ahora que la sonda está lo bastante cerca como para analizar la composición del planeta y sus elementos ¿qué nos descubre? ¡Oxígeno! ¡Oxígeno en cantidades colosales, en gran parte combinado con hidrógeno! Un mundo ponzoñoso, tóxico e hirviente —hizo una pausa y se volvió de nuevo hacia él. La indignación dominaba sus facciones—. Y tú piensas en vida —sentenció.

Él respiró profundamente. A veces le costaba creer que aquel individuo pudiese pertenecer a la organización científica más avanzada de su civilización. *Gastar tiempo y esfuerzo, inviable con total seguridad...* Un científico de verdad jamás usaría esos términos.

—Esa temperatura *infern*al es lo bastante baja como para mantener los compuestos de hidrógeno y oxígeno en forma líquida —comenzó su réplica, calmada pero precisa—. Su punto de ebullición, cuando están combinados, es anormalmente alto. La mayor parte del tiempo y en casi toda la superficie del planeta, se halla en forma líquida. Es un mundo lleno de océanos.

—Océanos de veneno, quieres decir.

—Océanos, al fin y al cabo. Hay grupos que han propuesto formas de metabolizar oxígeno, a modo de combustible. Y han modelizado estructuras capaces de crear microambientes aislados, en un medio líquido oxigenado. ¿No te das cuenta? Sería la base para crear vida.

Por un momento, el otro pareció compartir su razonamiento.

—Un mundo invertido, basado en oxígeno, lleno de océanos sin hidrocarburos, cálido, transparente... *luminoso*... —la palabra pareció sacarle de su ensoñación—. Pero con esa enorme radiación bombardeándolos a través de esa ridículamente fina atmósfera, ¿cómo podría nada sobrevivir? ¿Cómo podrían distinguir algo, recibiendo un espectro de luz plagado de longitudes de onda diferentes, todas mezcladas? Es absurdo.

—No seas corto —replicó él con renovada paciencia—. Unos seres capaces de vivir rodeados de oxígeno, ¿por qué no iban a desarrollar una forma de ver longitudes de onda diferentes? Y además, no tiene por qué ser un mundo sin hidrocarburos; parece haber trazas en la atmósfera y no es descabellado pensar que cadenas complejas de carbono creen estructuras estables, capaces de resistir semejante cantidad de radiación. Es una mera cuestión de combinatoria. Sus habitantes serían seres acostumbrados a la radiación. Podrían ver más de lo que nosotros hemos visto jamás. Para ellos, el nuestro sería un mundo de tinieblas y nosotros... —hizo una pausa intentando imaginar lo que pensarían aquellas imposibles criaturas—... seres nacidos de la oscuridad.

Suspirando ostensiblemente, su interlocutor hizo un gesto para zanjar la conversación. Se levantó y sacudió sus apéndices.

—Bueno, ya está bien. Demasiada fantasía por hoy. Hay que hacer tantas asunciones para satisfacer tu deseo de que no nos encontremos solos en este negro vacío, que la hipótesis se cae por su propio peso. En fin, cuando la sonda nos muestre que se trata de un mundo yermo y ardiente, vacío e inhabitable, nada de esto tendrá sentido.

Levantó la vista hacia el cielo. Más allá de la espesa atmósfera, más allá del Gigante y sus satélites, planetas hermanos del suyo propio. Sin girarse, soltó su último alegato:

—No lo entiendes, ¿verdad? Nunca lo has entendido. No se trata de ganar una apuesta ni de darse por vencido. ¿Cómo quedarse callado cuando aparecen ante nosotros mundos nuevos? ¿Cómo negar, por mínima que sea, la posibilidad de encontrar algo que podamos llamar vida, aunque sea tan diferente a nosotros que nos cueste asumir que pueda desarrollar también una inteligencia? Para qué salir de esta fría roca ni mandar exploradores en ninguna dirección, si no tenemos ni tan siquiera la curiosidad por lo que podríamos encontrar.

Buscando allá fuera nos encontraremos a nosotros mismos. Por lejos que nos hallemos, seguimos girando en torno al Astro. Le debemos a él lo que somos, y conocer los mundos hermanos que beben de sus mismos rayos es más que una cuestión fundamental, es algo casi... fraternal.

Su compañero no se dignó ni en darse la vuelta.

—Me parece muy loable todo ese romanticismo —se limitó a decir mientras caminaba— pero hay que retomar el foco. Recupera tu sangre fría y volvamos al laboratorio. Queda mucho por analizar.

Finalmente, se levantó y lo siguió, sintiéndose derrotado. Pero antes de volver al vehículo, se dio la vuelta para mirar una última vez al silencioso océano. Y levantó la vista de nuevo, buscando aquel diminuto punto en la distancia, tan cercano al Astro que era fácil confundirlos. Quedaría muy poco para que la sonda pasase lo bastante cerca como para detectar cualquier anomalía que sugiriese indicios de vida; en el mejor de los casos, algún tipo de señal procedente de una civilización inteligente. Así que, para bien o para mal, pronto saldrían de dudas.

Efectivamente, la sonda pasó cerca del planeta y lo analizó con los instrumentos de que disponía, todo lo exhaustivamente que su imparable trayectoria hacia el Astro le permitió. Durante años, los intrigantes datos que envió trajeron de cabeza a todos los científicos; fluctuaciones en niveles de determinados elementos atmosféricos, la inquietante composición de aquellos gigantescos océanos, la actividad geológica constante... disparaban la imaginación de los más fantasiosos; pero nada de aquello dejó entrever el hervidero de vida que escondían sus océanos ni la creciente marea verde que tímidamente empezaba a cubrir sus costas. Para aquellos seres nacidos en la oscuridad y el frío, no existían el verde ni el azul, solo un conglomerado de radiaciones reflejadas, que confundían los instrumentos de sus máquinas y que nada significaban ante sus propios órganos de detección de radiación.

Y algo muy parecido sintieron los científicos de aquel mundo visitado por la sonda, millones de años después, cuando a su vez intentaron descifrar las imágenes y datos enviados por su propia máquina, lanzada en dirección opuesta, hacia los confines de lo que llamaban Sistema Solar. Nunca hallaron explicación a las variaciones en los niveles de hidrógeno en aquel mundo oscuro, bañado en océanos de hidrocarburos, frío y muerto. Y en la misma playa donde comenzaba este relato, el artefacto bautizado como Huygens se posaba demasiado tarde; nada quedaba ya de la civilización de aquellos cuyos hermanos de la Tierra hubiesen podido llamar *hijos de la oscuridad*.

